

MANUEL ROSÉ

VISTO DESDE EL SIGLO XXI

Marcel Suárez [i](#)

Manuel Rosé pertenece a una generación de artistas latinoamericanos de la primera mitad del siglo XX que, a partir del viaje iniciático a Europa, realizó una síntesis de la herencia académica y de las nuevas experiencias estéticas que venían desarrollándose desde el impresionismo –pero desde su inevitable condición de no europeo-, adaptándolas a las demandas y sensibilidades de su tierra natal.

Miembro de una familia establecida en Las Piedras desde la época colonial, Manuel Rosé nació en una casona de la calle Rivera el 9 de enero de 1882. Su infancia transcurrió entre las propiedades de sus mayores en esta localidad canaria y en el departamento de Flores, lo que le permitió tener contacto directo con el campo y su gente, presentes en buena parte de su obra. Estudió en colegios particulares de Las Piedras y Montevideo, y tempranamente manifestó vocación por la pintura.

Los Rosé eran partidarios de la divisa blanca desde los tiempos de Oribe. Por su escasa edad, a Manuel no se le permitió sumarse a las fuerzas de Aparicio Saravia en la guerra civil de 1897, y en la de 1904 contribuyó indirectamente desde Argentina, donde su familia lo había obligado a emigrar. Su historia familiar estaba ligada a los conflictos políticos de la región desde la Revolución Oriental, y la memoria doméstica y colectiva lo inspiró para sus cuadros históricos posteriores.

En 1905 viajó a Europa y estudió tres años en la Academia de Bellas Artes de Roma. Regresó a Uruguay y en 1908 participó en la *Exposición de artistas contemporáneos y fallecidos* realizada en el Club Católico de Montevideo, primera muestra importante en la que intervino. Ese mismo año obtuvo una beca que le permitió volver al Viejo Mundo y estudiar en las academias Grande Chaumière y Vitti de París. Desde esta ciudad el pintor escribió a su hermano Laurindo diciendo que estaba “contento de estar en París, porque este es el gran centro del Arte”. En Francia tuvo contacto con distintas corrientes artísticas y se vinculó con artistas europeos, argentinos y uruguayos que estuvieron allí en ese mismo período. Durante su estadía parisina expuso en el Salón de la

Société Nationale des Beaux Arts y en la prestigiosa Galería Bernheim Jeune en 1912. Regresó a Uruguay en 1913. En Montevideo ocupó la dirección del Círculo de Bellas Artes hasta 1917 residiendo, todavía, en la casa familiar de Las Piedras. En 1915 participó en la Panama-Pacific International Exposition realizada en San Francisco (Estados Unidos) en la que fue premiado con una medalla de oro por su obra *La bretona*.

En 1917, se casó en Buenos Aires con Zulma Cora Newton, una joven argentina de 19 años, de una familia conocida que pasaba sus vacaciones en Las Piedras. Fue su compañera durante más de 40 años y madre de sus cuatro hijos. Como parte de la conmemoración del Centenario de la Declaratoria de Independencia, se le encargó la realización de pinturas históricas para el Palacio Legislativo. Para hacerlas montó, hacia 1924, un enorme taller en su casa de Las Piedras, de dimensiones que le permitieron pintar grandes telas como *Artigas en el primer sitio de Montevideo* y *La batalla de Las Piedras*. Esa casa fue un verdadero foco de actividad cultural, por ser uno de los lugares favoritos donde el pintor desarrolló parte de su obra y recibió la visita de amigos, muchos de ellos artistas, y cuyo jardín fue representado en numerosas pinturas.

En 1936 retornó a la docencia, como ya lo hiciera en el Círculo de Bellas Artes, al participar junto con el escultor Antonio Pena, en los inicios de la Escuela de Artes Plásticas de UTU (actual Escuela Pedro Figari).

Desde la década del treinta, Rosé se consolidó como parte de un conjunto de artistas uruguayos con reconocimiento público, espacios para exponer sus obras y posibilidades de vivir de su oficio.

Las condiciones económicas heredadas por el pintor y su esposa le permitieron dedicarse, sin demasiados apremios, a su vocación. Si bien fue “un artista profesional, con taller propio, con encargos de particulares y fundamentalmente oficiales” (Aroztegui, 2011), fue relativamente libre en sus opciones estéticas y no consta que su creatividad se vira condicionada por su necesidad de sobrevivencia durante buena parte de su carrera.

Su vida transcurrió cómodamente, junto a su esposa e hijos, entre Montevideo -donde se había mudado hacia 1940-, un terreno en las afueras de Las Piedras y su casa de veraneo en Piriápolis, dibujando y pintando casi hasta sus últimos días. Fue un hombre de smoking y chiripá, de costumbres refinadas, pero con habilidad para el trato

cordial con gente de toda condición social, aunque de carácter irritable en algunos episodios memorables.

Solo un gran episodio trágico marcó un quiebre en su vida y en su obra: la muerte de su hijo Ricardo en un accidente automovilístico, en 1939. La pérdida sufrida podría explicar el oscurecimiento progresivo y el carácter melancólico o trágico de sus pinturas: "Hay en todas las telas de Rosé una amargura reconcentrada que es característica de su modo de pensar. Así adapta los temas a sus sentimientos" (Radeilli, 1960). La obra de sus últimos años muestra una paleta más baja, y las escenas son más sombrías. Algunos de sus payasos tristes son verdaderos autorretratos. Al mismo tiempo, siguió dibujando y pintando escenas de campo y de temática gauchesca. Con el paso de los años, aunque Rosé siguió siendo reconocido dentro del mundo artístico local, la atención de la crítica y del público interesado en las artes visuales se fue desplazando hacia expresiones plásticas más innovadoras.

Enfermo de cáncer, murió el 16 de enero de 1961, pocos días después de haber cumplido 79 años.

Manuel Rosé plasmó en su trabajo los aprendizajes de una forma de pintar y de ver que, en las primeras décadas del siglo XX, fue nueva en nuestro medio, pero sobre temas tradicionales: paisajes, retrato, desnudos, pintura histórica y de género. Vivió parte de su juventud en Europa durante los últimos años de la *belle époque*. Aprendió de maestros de formación académica, como Lucien Simon y Charles Cottet, quienes domesticaron las propuestas de los artistas franceses más transgresores y vertieron vino nuevo en los viejos odres de las convenciones a las que estaba acostumbrada la mayoría del público y de los comitentes que encargaban y adquirían obras de arte. Al igual que otros uruguayos, como Carlos María Herrera (1875-1914) y Pedro Blanes Viale (1878-1926), Rosé asimiló la renovación visual y cromática iniciada por el impresionismo traducida por artistas españoles como Anglada Camarasa. Nuestro artista fue un hábil aprendiz de los pintores europeos más exitosos del novecientos y, aunque contemporáneo a las vanguardias, no se sintió identificado con ellas porque buscaba aprender de la tradición y no romper con ella, pero en clave latinoamericana, evitando el epigonismo.

Retornó al Río de la Plata cargado de saberes que adaptó para representar paisajes, personas y episodios de estas latitudes. Maduró su oficio aplicando el refinamiento y la habilidad técnica en temas locales. El paisaje americano lo deslumbró por su escala e imponencia

visual y fue protagonista clave de sus escenas. A escala más íntima, hizo de los jardines pequeños estallidos de color. En sus desnudos femeninos exaltó la belleza criolla regodeándose en sus formas robustas y en las diversas tonalidades de la piel. Este último tema (*Bañistas sentadas*) le valió el reconocimiento oficial, al ganar el Gran Premio del Primer Salón de la Comisión Nacional de Bellas Artes realizado en 1937. El galardón significó la consagración de una exitosa trayectoria que ya había sido premiada fuera del país, jalonada por exposiciones y encargos importantes como las pinturas alegóricas e históricas que realizó para el Palacio Legislativo. También representó escenas en ambientes menos luminosos en los que se alejó de la exaltación de la vida y del patriotismo, y así reveló el lado antiheroico de la condición humana.

Fue un pintor que desarrolló un cromatismo intenso. Con pinceladas espesas, creó superficies pastosas y facetadas (sin llegar al planismo), a veces delimitadas por contornos vigorosos y vibrantes que, en conjunto, sugieren la palpitación de las formas vivas. Sus escenas son naturalistas y afines a la tradición pictórica académica por los temas y recursos ilusionistas, pero modernas, a su modo, por el manejo del color y de la mancha para sugerir detalles, especialmente en obras de las primeras décadas de su carrera.

Pese a los aires innovadores de su pintura para el público uruguayo de principios del siglo pasado, la legitimación de Rosé por los encargos oficiales y el premio del Salón Nacional lo ubicó en un conjunto de artistas figurativos combatidos por otros, más modernos, que se sentían excluidos del reconocimiento por parte de una élite conservadora desde el punto de vista estético y político. Rosé fue uno de los últimos pintores de grandes hitos de la historia nacional en obras de gran formato, con la intención de reafirmar la identidad de la nación a través del arte. El lenguaje pictórico que aprendió en Europa lo aproximaba al arte español del novecientos y el aire hispano de su obra (premiado con una medalla de oro en la Feria Iberoamericana de Sevilla de 1929-30) resultaba afín al orden conservador de raigambre ibérica y de carácter nacionalista que se desarrolló en los años veinte y treinta en la región. La obra de Rosé, aunque reconocida por sus méritos plásticos y comprada por coleccionistas, fue paulatinamente relegada en la consideración de la crítica y del público, al punto de caer un poco en el olvido. El propio artista fue desarrollando, en sus últimos años, una obra más intimista, menos luminosa, menos alegre. El triunfo de la modernidad y de la abstracción en el arte uruguayo llevó a que la obra

de Rosé quedara limitada a la exhibición en algunos edificios estatales, al circuito del mercado artístico local y al coleccionismo privado o al depósito del Museo Nacional de Artes Visuales (MNAV), con escaso contacto con públicos masivos. Pese a la realización de una gran muestra retrospectiva en 1960 –poco antes de la muerte del pintor-, así como de otras esporádicas exposiciones posteriores, y de que el liceo N° 1 de Las Piedras lleve su nombre desde 1982 (Ley N° 15.269, de 30 de abril de 1982), el conocimiento de la obra de Rosé quedó reducido a una minoría de especialistas, ya que fue considerada “...su importante gestión inscripta dentro de los parámetros de un Uruguay aún idílico y que –en gran medida- funcionó como correlato plástico de ese momento histórico” (De Espada, 1985).

Rosé fue pintor de una época básicamente optimista del Uruguay, pujante, orgullosa de su pasado y que apostaba a un próspero futuro que no llegó a consolidarse. Murió en los comienzos del declive de la “prosperidad frágil” de un país que se creía libre de las peripecias adversas que vivía la región. La nueva coyuntura histórica predispuso y estimuló a los artistas, a la crítica y al público a valorar expresiones plásticas más transgresoras, en el sentido más amplio del término.

Luego de muchas décadas de paulatino olvido, la sensibilidad plural del presente nos permite recordar, recuperar, apreciar con ojos nuevos y valorar las pinturas de Manuel Rosé. La existencia en el MNAV de un importante acervo de este pintor permite reencontrar al viejo maestro con el público del siglo XXI, y reubicarlo en la historia del arte de nuestro país, así como en la memoria y en la identidad colectiva de los uruguayos.

(i) Profesor de Historia egresado del IPA. Técnico en Museología egresado de UDELAR. Especialización en Historia del Arte y Patrimonio (CLAEH). Docente de Historia del Arte en Educación Secundaria y en Formación Docente. Subdirector del Liceo N° 1 de Las Piedras Manuel Rosé.